

iba á casa de M. de Boze, y trabajaba hasta las dos, y cuando no comia allí, me volvia á casa, y continuaba mi estudio hasta las siete ó las ocho. Lo que mas me costó fué sujetarme á su laboriosa exactitud. Cuando salia de su gabinete á las dos para volver á las cuatro, dejaba yo sobre la mesa muchos tomos abiertos, porque tenia luego que volver á consultar con ellos. Desde el primer dia noté que M. de Boze los habia puesto por sí mismo en los estantes. Cuando le presentaba un tanteo de mi trabajo, era excusado advertir que le habia hecho precipitadamente; porque, ¿cómo podria yo evitar la severidad de un censor que ponía los puntos sobre la *i*, yo que muchas veces no ponía la *i* bajo los puntos? Se impacientaba por una palabra puesta fuera de su lugar, y se enfurecia por una expresion atrevida. Todo esto pasaba con bastante dulzura, algunas veces con un poco de mal humor por su parte, y por la mia con una docilidad extremada; porque conocia y conozco ahora cuan necesaria me era su crítica.

Sus enfermedades habituales no le habian permitido acabar el arreglo de las medallas del rey, trasladadas poco antes de Versalles á Paris. Hallé las medallas antiguas en sus armarios: las modernas, como tambien las

monedas y los vaciados, estaban todavía en sus cajas. Las saqué, y puse en los catálogos despues de haberlas verificado. Saqué tambien de sus cajas las medallas del mariscal de Estrées, adquiridas por el rey algunos años antes, y que formaban tres series: una la de los medallones de los emperadores en bronce: la segunda de los reyes griegos; y la tercera de las ciudades griegas. Era necesario insertarlas en las del rey; por consiguiente comparar y describir con cuidado las medallas que se conservaban, y hacerlas inscribir en un suplemento con indicaciones que remitiesen al catálogo antiguo. Estas operaciones, que duraron muchos años, se hacian bajo la inspeccion de M. de Boze, y yo iba haciendo mia toda su experiencia.

Advierto aquí, que entre los medallones del mariscal de Estrées, se hallaban algunos que eran dudosos, y otros manifestamente falsos; pero como ya estaban publicados, M. de Boze fué de parecer de que se conservasen, y de insertarlos en el catálogo, porque el guarda debia estar en disposicion de manifestarlos á los que gustasen verificarlos. Por el mismo motivo han quedado en las demas series algunas medallas inciertas. Si en algun tiempo se diese al público el gabinete, se cuidará de limpiarlas de esta mala compañía.

Por el mismo tiempo M. de Boze hizo adquirir la hermosa serie de medallas imperiales en gran bronce, que desde el gabinete del abate Rothelin, habian pasado al de M. de Beauvau. Este fué un nuevo trabajo. En fin, yo hice un primer arreglo para el gabinete de las antigüedades, puestas en un desvan que estaba sobre el de las medallas. Eran estas antigüedades una cantidad enorme de figuras pequeñas, de lámparas, vasos, broches y utensilios. Todo estaba amontonado en medio del piso, y yo adorné con esto los estantes y las paredes.

Apenas habia empezado esta continuacion de operaciones, cuando me ví casi á punto de abandonarlas. He dicho que antes de dejar la Provenza habia contraido empeños con M. el abate de Bausset. Habia quedado en blanco en muchos nombramientos; pero al fin del año de 1745 se le confirió el obispado de Beziers. Hízomelo saber por una carta, y me recordó mi promesa: volviéndomela á recordar mas particularmente cuando llegó á Paris. Creí que en esta circunstancia, el único medio que podia emplear para dispensarme de cumplirla, era hacerle árbitro de mi suerte. En efecto, conoció que arrastrado por la pasion imperiosa de las letras, me seria imposible entregarme

con fruto, y sin una extrema repugnancia, á estudios de otra clase; y no queriendo exigir de mí un sacrificio tan penoso, me dejó libre, y me conservó su amistad.

Desembarazado de este empeño, contraí inmediatamente con entusiasmo, otro que me ligaba irrevocablemente al objeto de mi pasion, M. Bunete, de la academia de bellas letras, murió en el mes de mayo de 1747, y se me nombró para su plaza. Debía yo tener un contrincante temible en M. Le Beau, pero tuvo á bien no presentarse en esta ocasion, y habiendo vacado luego otra plaza, fué nombrado por todos los votos. Sin embargo yo tenia su conducta muy en el corazón. M. de Bougainville, mi amigo íntimo, secretario perpetuo de la academia, queria hacer dimision de su plaza por razon de sus enfermedades, y me propuso al ministro por su sucesor, el cual quiso agradecerme; pero yo no admití, y empeñé á los dos para que nombrasen á M. Le Beau, quien algunos años despues halló la ocasion de vengarse. « Voy á dejar la « secretaria, me dijo, yo os la debí, y yo os la vuelvo. « — Pues yo la cedo á otro, respondí; pero á nadie « cedo el placer de confesar que es imposible venceros « en buenos procederes. »

Seguia yo trabajando con M. de Boze, cuando en 1753 fué atacado de una perlesia, que á pocos meses le quitó la vida. Hacia tiempo que la opinion pública me señalaba para sucederle: nadie imaginaba que yo debiese tener contrincante para una plaza, que en cierto modo habia ganado con diez años de trabajo y asistencia. Sin embargo, en la misma mañana de su muerte tuvo valor para solicitarla un compañero mio de academia, cuyo nombre nunca he querido saber. Se dirigió á M. el marques de Argenson, hermano del ministro, el cual, en un movimiento primero de indignacion, me lo advirtió, y previno á su hermano. Como el pretendiente buscase otros empeños, se alarmaron mis amigos. M. de Malesherbes, que entonces era director de la biblioteca, fué el primero que se opuso con todo el celo de la amistad á la injusticia que se me queria hacer. Le ayudó poderosamente el marques (despues duque) de Gontaut; y el conde de Stainville, despues duque de Choiseul, al cual yo no conocia entonces, movidos ambos por M. de Bonbarde, y M. el conde de Cailus, nuestros comunes amigos. Salieron tan bien sus diligencias, que anunciada al rey en el despacho por M. el conde de Argenson la muerte de M. de Boze, el rey le previno, y

por si mismo me nombró para reemplazarle. M. de Argenson respondió, que aquel era precisamente el sujeto que iba á proponer á S. M. El ministro me lo refirió á la mañana siguiente, y me pareció resentido de que hubiésemos dudado de sus intenciones. Sin embargo, siempre me ha tratado bien.

M. de Stainville fué destinado el año siguiente para embajador de Roma. Recuerdo con sumo placer esta época, porque fué la de mi fortuna, y, lo que es mas todavía, la de mi felicidad. No habia tenido ocasion de darle gracias por el interes que me habia manifestado sin conocerme, y se presentó naturalmente. Acababa de elegir para secretario de embajada á M. Boyer, mi amigo, quien me llevó á su casa. El recibimiento que me hizo, me infundió repentinamente confianza y adhesion. Me preguntó si para el objeto de mis tareas, me convendria hacer un viage á Italia: en vista de mi respuesta habló inmediatamente á M. de Argenson; y dos dias despues vino M. Boyer de su parte á decirme, que estaba decidido mi viage. Al momento fui á casa del embajador á darle gracias, y llegó á lo sumo mi asombro cuando me dijo, que me llevaria consigo, que en Roma viviria en su casa, que tendria un coche á mi disposicion, y que me facilitaria medios para re-

correr el resto de Italia. Entonces no me habia aun ilustrado la filosofia sobre la dignidad del hombre, y me confundí en hacimientos de gracias, como si un protector no llegase á ser el protegido de aquel que se digna aceptar sus beneficios.

Algunos asuntos relativos al gabinete me obligaron á retardar mi partida, y me impidieron acompañar al embajador; pero fui indemnizado de este gusto por la amistad. M. el presidente de Cotte, director de la moneda y de las medallas, con quien tenia yo estrechas relaciones, resolvió aprovecharse de esta ocasion para satisfacer el deseo que tenia mucho tiempo antes de ver la Italia. Agradóme mucho esta ocasion. Ademas de los conocimientos y otras ventajas que sacaba de una compañía tan dulce: no hubiera yo podido sin su socorro salir del embarazo de tan largo viage. Se lo avisé luego á M. el embajador, quien me encargó le convidase con su casa; y salimos en agosto de 1755, y llegamos á Roma en 4º de noviembre.

M. de Stainville habia adquirido ya allí la reputacion que adquirió despues en toda la Europa. No la debia á la magnificencia que brillaba en su casa, y que anunciaba desde luego el ministro de la primera potencia: la debia únicamente á la superioridad de sus

talentos, á aquella nobleza que brillaba en todas sus acciones, á aquella magia que le sometia cuantos corazones queria ganarse, y á aquella firmeza que mantenía en el respeto á aquellos que él se desdenaba sujetar. Habia seducido á Benedicto XIV con los encantos irresistibles de su espíritu, y á las mejores cabezas del sacro Colegio con su franqueza en las negociaciones. Logrando la Enciclica, que estremeció fuertemente á la constitucion *Unigenitus*, se atrajo el odio de los Jesuitas, quienes jamas le perdonaron el haberles quitado de las manos este ramo de persecucion.

Madama de Stainville, que apenas tenia diez y ocho años, gozaba de aquella profunda veneracion, que por lo comun no se tributa sino á un largo ejercicio de virtudes. Cuanto habia en ella inspiraba interes: su edad, su figura, su delicada salud, la vivacidad que animaba sus palabras y acciones, el deseo de agradar, que le era muy facil satisfacer, y cuyo éxito atribuia ella á un esposo, digno objeto de su ternura y de su culto: aquella extremada sensibilidad, que la hacia feliz ó infeliz al ver la felicidad ó infelicidad del prójimo; en fin, aquella pureza de alma que no la permitia ni aun sospechar el mal. Sorprendia al mismo tiempo ver tantos conocimientos con tanta sencillez. Reflexionaba

ya en una edad, en que apenas se empieza á pensar. Habia leido con tanta utilidad como placer los autores nuestros, que se han distinguido por su profundidad y su elegancia. Mi amor á las letras me ganó su indulgencia y la de su esposo, y desde este momento me consagré á ellos, sin prever las ventajas de semejante sacrificio.

Algunos dias despues de nuestra llegada quiso el embajador presentarnos á Benedicto XIV, á quien tenia prevenido en nuestro favor, y quien nos recibió con mucha bondad. Partimos despues para Nápoles, y estuvimos un mes ocupados en ver las singularidades de esta ciudad y de sus cercanías. Fuimos á ver los mas antiguos monumentos de la arquitectura griega, que se conservan cerca de treinta leguas mas allá de Nápoles, en un lugar donde en otro tiempo se habia edificado la ciudad de Pesto. Las salas del palacio de Pórtici, donde se habian juntado las antigüedades halladas en las ruinas de Herculano y Pompeya, nos atraían muchas veces. Vimos con la mayor satisfaccion aquella coleccion inmensa de pinturas, estatuas, bustos, vasos y utensilios de diversas clases, objetos los mas de ellos particulares por su belleza, ó por los usos en que se les empleaba. Pero vimos con mayor dolor

todavía el vergonzoso abandono en que se dejaban cuatrocientos ó quinientos manuscritos, descubiertos en los subterranos de Herculano. Dos ó tres eran únicamente los que habian sido desenrollados y explicados por el sabio Marochi: por desgracia no contenian cosa importante, y esto hizo desmayar. Todos me aseguraban que se volvía á este trabajo; pero esta esperanza no se ha verificado. En estos últimos tiempos hablé yo de esto muchas veces al marques de Caraccioli, embajador de Nápoles en Francia: le escribí despues cuando subió al ministerio, y me respondió que estaba determinado á seguir este proyecto, y que para acelerar su ejecucion, era de parecer que, si podia ser, se partiese el trabajo entre diferentes cuerpos, y enviar sucesivamente algunos de aquellos manuscritos á nuestra academia de bellas letras, otros á la sociedad real de Londres, otros á la universidad de Gottinga, etc. Uno ó dos meses despues se anunció su muerte en los papeles públicos.

Habia querido yo presentar á mi vuelta á los sabios que se ocupaban en la paleografia, la mas antigua muestra de los caracteres que se encuentran en los manuscritos griegos. Me dirigí pues á M. Marochi, quien me opuso la expresa prohibicion de comunicar la me-

nor cosa. M. Paderno, guarda del depósito de Pórtici, me dió la misma respuesta; y solamente me enseñó la página de un manuscrito que se habia cortado de arriba abajo cuando se descubrió, la cual contenia veinte y ocho líneas. Las leí cinco ó seis veces, y con pretexto de una necesidad, bajé al patio, y las tracé sobre un papel, conservando en cuanto podia la disposicion y forma de las letras. Subí, comparé mentalmente la copia con el original, y hallé el medio de rectificar dos ó tres leves errores que se me habian escapado. Se hablaba en este fragmento de las persecuciones que habian sufrido los filósofos, menos Epicuro. Le envié en seguida á la academia de bellas letras, suplicando no le diese á luz, por no comprometer á Marochi y á Paderno.

Entre tanto M. el marques de Ossun, embajador de Francia en Nápoles, me avisó que el rey, instruido de mi mision, queria verme. Estaba entonces este príncipe en su soberbio palacio de Caserta, que hacia concluir. Fui presentado á él mientras comia. Me habló con placer de los descubrimientos que se hacian en sus Estados, dió á entender que sentia la ausencia de su guardamedallas, porque yo no podria verlas, mandó que se me enseñasen las soberbias columnas de mar-

mol, acabadas de traer á Caserta, y me hizo poner en la lista de los que habian de recibir sucesivamente los tomos de las antigüedades de Herculano. Se habia confiado el trabajo de explicarlas á monseñor Baiardi, prelado romano, atraído por el rey á sus Estados. Vasto é infatigable compilador, respetable por las calidades de corazon, y por su memoria temible á los que emprendian oírle ó leerle: Baiardi habia cultivado todas las especies de literatura, y trasportado á su cabeza un almacen enorme é informe de conocimientos, que se producian confusamente. Comenzó su obra con un catálogo general de los monumentos conservados en Pórtici, en un tomo en folio; y como no estaban acabadas las láminas que debian representarlos, alcanzó licencia del rey para poner al frente de este gran comentario un prefacio destinado á instruirnos sobre la época de las excavaciones de Herculano, sus resultas y su utilidad; y publicó el principio en siete tomos en 4º sin haber empezado á tratar la materia.

Voy á exponer su método para guiar á los que tengan la tentacion de imitarle. Un intérprete de monumentos debe hacer conocer sus proporciones; ¿pero qué medidas ha de emplear? De aquí una larga correría sobre las medidas de los Asirios, Babilonios,

Persas, Griegos y Romanos. La mayor parte de los monumentos se sacó de las ruinas de Herculano: este nombre, que es el mismo que el de Heraclea, fué comun á muchas ciudades: es preciso pues hablar de todas ellas: correría en los campos de la geografia antigua. Herculano fué fundada por Hércules; pero hay muchos de este nombre: el tirio, el egipcio, el griego, etc. Se hace preciso seguir sus expediciones, y señalar cual es al que debe su origen nuestra Herculano: correría en los campos de la mitologia. Se conoce fácilmente que semejantes averiguaciones conducirían al autor al tomo doce; pero por desgracia se le suplicó que se detuviese en tan hermoso camino, y algun tiempo despues volvió á Roma, donde le fuí á visitar. Le pregunté si pondria fin á su prefacio; y me respondió que le habia suspendido, y que para descansar, estaba ocupado en hacer un compendio de la historia universal, que reduciría á doce volúmenes en 12º, y en el cual comenzaría por la solucion de un problema de la mayor importancia para la astronomía y la historia, y era fijar el punto del cielo en que Dios puso al sol en la creacion del mundo. Acababa de descubrirle, y me le señaló en un globo celeste.

Quizá he hablado mucho de monseñor Baiardi:

mas como yo no escribo sino para mí, y á lo mas para algunos amigos, quiero concluir con este hombre, y contarme á mí mismo la primera visita que le hice en Nápoles. Le hallé en una gran sala: un reuma violento le tenia recostado sobre un sofá, cuyo aspecto denotaba sus muchos servicios, y su vestido era tan viejo, que cualquiera hubiera creído que eran despojos de algun antiguo habitante de Herculano. Baiardi estaba entonces trabajando con su secretario. Le supliqué que continuase, y me senté al lado del sofá. Unos frailes de Calabria le habian consultado sobre una heregía que empezaba á difundirse entre ellos. Acababan de saber que un cierto Copernico defendía que la tierra daba vuel as al rededor del sol. ¿Qué sería entonces del pasage de la Escritura, que declara la tierra inmovil, y de Josué que detiene el sol, y despues del testimonio de nuestros sentidos? Por otra parte, ¿cómo podriamos no caer, si por la noche estamos obligados á estar cabeza abajo? El prelado respondió larga y sábiamente á todas estas cuestiones, salvaba el honor de los Libros santos, exponía las leyes de la gravedad, levantaba la voz contra el engaño de nuestros sentidos, y daba fin aconsejando á los frailes á no turbar las ya frias cenizas de Copernico, y á dor-

mir con tanta tranquilidad como hasta allí habian dormido.

Acabada su respuesta, me reiteró sus disculpas; y yo le dije, que habiendo sido enviado por el rey de Francia á buscar las medallas que faltaban en su gabinete, que estaba á mi cuidado, añadía á este deber el de conocer los sabios mas distinguidos. El se quitó su bonete, redobló sus cortesías, tosió largo rato, y me pidió permiso para presentarme la señora Maria Laura, su antigua amiga, cuyas virtudes eran iguales á sus luces y á sus prendas, que sabia el latin, el griego y el hebreo, que dibujaba y pintaba como Apeles, tocaba la lira como Orfeo, y bordaba tan bien como las hijas de Minos. Todavía duraba el panegírico cuando se presentó la señora Maria Laura, que podía tener de sesenta á sesenta y cinco años, y él de sesenta y cinco á setenta.

En el discurso de la conversacion me aseguró que descendia del caballero Bayard, y que él era frances, no solo de nacimiento, sino tambien de inclinacion. Despues se quejó del modo que se observaba en los trabajos de Herculano, de la negligencia de los ministros sobre los manuscritos, y de la envidia levantada contra él por la acogida honrosa que le hacia el

rey. No sé por qué casualidad cité á M. el conde de Cailus. Al punto exclamó: ¡qué! ¿Conoce V. á M. de Cailus? — Es mi amigo. — Oiga V. señora Laura. El tal M. Cailus es uno de los mayores señores de Francia, uno de los mayores sabios del mundo. El es el que preside todas las academias de Paris, quien protege todas las artes, quien lo sabe todo, y escribe sobre todo. Sus obras son la admiracion de toda Europa. Y volviéndose á mí inmediatamente, me dijo en frances: *Qu'a-t-il fait le Cailous? Je n'ai jamais rien vou de loui.* ¿Qué ha hecho Cailus? Nunca he visto cosa suya; y sin aguardar mi respuesta, tocó la campanilla, é hizo que le trajesen un gran cajon lleno de papeles, que eran la coleccion de sus poesías latinas. Me propuso oír un poco. Con mucho gusto, le dije; pero señor, V. tose mucho. Me respondió que haria cualquier sacrificio por el placer de proporcionarme alguna diversion; y con esta mira escogió una pieza intitulada: *Descripcion anatómica del cerebro.* Ademas de que la materia me era muy extraña, los Italianos pronuncian el latin de una manera tan distinta de la nuestra, que el encanto de sus versos no se me hacia perceptible. La señora Laura que lo percibió, le cortó el hilo como al verso centésimo, y habiéndole representado que una

materia tan importante debia ser meditada para ser sentida, le propuso que leyese su Fontana de Trevi. Madama tiene razon, me dijo él: V. acaba de venir de Roma, y habrá visto y admirado mas de una vez aquella bella fuente. Cuando se descubrió, se apoderó de mí el *estro poético*, y le derramé á borbotones sobre la pieza siguiente. En vano le repetí, señor V. tose mucho. Fué preciso escucharle. Ve aquí el plan de este pequeño poema.

Corre el poeta á la nueva fuente; percibe desde lejos al gran Neptuno, que hiere con su tridente las rocas amontonadas bajo sus pies, y hace brotar torrentes impetuosos. Acércase al pilon, donde estas aguas reunidas le presentan un espectáculo encantador, y son las Nayades que juegetean en su seno: él mismo se mezcla en los juegos; un poder desconocido, trasformándole repentinamente en una figura celeste, le habia prodigado todos los atractivos que brillaban en sus nuevas compañeras. Fácilmente se conoce que una mano capaz de pintar las fibras imperceptibles del cerebro, podia aplicar los mas ricos colores á bellezas mas reales; así que nada habia perdonado para describir con una exactitud escrupulosa las felices mutaciones que él habia experimentado. Se detenia con com-

placencia sobre la ligereza de los movimientos, la exactitud de las proporciones, la redondez de las formas, y la dulzura de las facciones.

Mientras él me presentaba esta pintura degradada por una lectura rápida, y por una pronunciacion extraña á mis oidos, comparaba yo el estado antiguo de esta ninfa de las aguas con su estado actual. Su barbilla encorvada, y poblada de una barba espesa, sus megillas caidas y sembradas de manchas amarillas, sus ojos muy hundidos, sus arrugas cruzadas en todos sentidos sobre su frente; todo esto me causó tal impresion, que acabada la lectura, despues de algunos cumplimientos, dije al autor: á pesar de todo, no puedo disimular que desde vuestra metamórfosis os habeis mudado algo. Madama Laura convino en ello. El se rió, y creyendo por esta mala chanza que me divertia mucho: aguardad un poco, me dijo: me habeis visto de nereida, y ahora me vais á ver de bacante; y sacando de su inagotable cajon un ditirambo de un volumen espantoso, y reuniendo sus fuerzas, entonó el sagrado cántico; pero el calor con que declamaba le causó desde los primeros versos una tos tan violenta, que madama Laura sobresaltada, juntó sus súplicas á las mias, para lograr de él que dejase para

otro dia la continuacion de la lectura. Convino en ello, aunque con sentimiento, y yo escapé precipitadamente, bien resuelto á no volver á fatigar su pecho.

Tengo placer en añadir aquí los nombres de muchas personas sábias, ó de gusto que tuve ocasion de conocer en Italia. Visité muchas veces en Nápoles al canónigo Marochi, al conde de Gazole, al duque de Noya, y al conde de Pianura. Seria difícil reunir mas piedad, modestia y conocimientos, que los que tenia el primero. Trabajaba entonces sobre las inscripciones halladas en Heraclea. Esta obra, monumento de una erudicion profunda, y de un valor invencible, nada dejaria que desear, si no la hubiera recargado con una multitud excesiva de notas, que aunque instructivas, no interesan, porque son inútiles. El conde de Gazole recibía del modo mas lisonjero á los extrangeros ilustrados, atraidos á Nápoles por los nuevos descubrimientos. M. de Noya habia formado una coleccion inmensa de medallas, pertenecientes únicamente á la gran Grecia. M. de Pianura no se ceñia á esta serie sola, su gabinete se extendia á todo género de medallas. Habia tenido la bondad de cederme muchas; y le supliqué que añadiese la de Cornelia Supera, que

acababa de explicar*. y por la cual hacia ver que esta princesa era muger del emperador Emiliano; pero no se atrevió á deshacerse de ella sin el beneplácito del rey. Supliqué á M. de Ossun, que hablase al ministro Tanucci, el cual respondió con una importancia despotica: « si la medalla de que se trata está duplicada « en el gabinete de M. Pianura, puede disponer de « una de ellas: si es única, no quiere el rey que salga « de sus Estados. »

En Roma tuve conexiones mas ó menos íntimas con el P. Paciaudi, teatino: con el P. Corsini, general de las Escuelas Pias: con los PP. Jacquier y Le Seur, mínimos: con el P. Boscowit, jesuita: con los señores Battari y Assemanni, prefectos de la biblioteca vaticana: con el marques Lucatelli, guarda de esta biblioteca: con el abate Venuti: con el caballero Vettori: con los cardenales Passionei, Albani y Spinelli, á quien dediqué mi explicacion del mosaico de Paestrina. En Florencia traté á los señores Stosch y Gori: en Pesaro á M. Passeri y á M. Annibal Olivieri, á quien despues de mi regreso á Francia, escri-

* Carta al Rmo. P. D. Juan Francisco Baldini, general de la congregacion de Clérigos Regulares de Somasca. En Nápoles, año de 1751.